Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Mensaje

LXXXII Jornada Mundial de las Misiones 2008

Siervos y apóstoles de Cristo Jesús

19 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones, quiero invitaros a reflexionar sobre la urgencia permanente de anunciar el Evangelio también en nuestro tiempo. El mandato misionero sigue siendo una prioridad absoluta para todos los bautizados, llamados a ser «*siervos y apóstoles de Cristo Jesús*» al comienzo de este milenio. Mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, afirmó en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* que «*evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda*» (n. 14).

Como modelo de este compromiso apostólico, deseo señalar de manera particular a san Pablo, el Apóstol de los gentiles, pues este año celebramos un jubileo especial dedicado a él. Es el Año paulino, que nos ofrece la oportunidad de familiarizarnos con este insigne Apóstol, que recibió la vocación de proclamar el Evangelio a los gentiles, según lo que el Señor le había anunciado: «*Ve, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles*» (Hch 22,21). ¿Cómo no aprovechar la oportunidad que ofrece este jubileo especial a las Iglesias locales, a las comunidades cristianas y a cada uno de los fieles para propagar hasta los confines del mundo el anuncio del Evangelio, «*fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree*» (Rm 1,16)?

Carta Encíclica *Spe salvi*, su Evangelio es una comunicación que «*cambia la vida*», da la esperanza, abre de par en par la oscura puerta del tiempo e ilumina el futuro de la humanidad y del universo (cf. n. 2).

San Pablo había comprendido muy bien que sólo en Cristo la humanidad puede encontrar redención y esperanza. Por ello, sentía que era urgente y apremiante la misión de «*anunciar la promesa de la vida en Cristo Jesús*» (2Tm 1,1), «*nuestra esperanza*» (1Tm 1,1), para que todos los pueblos pudieran ser coherederos y copartícipes de la promesa hecha por medio del Evangelio (cf. Ef 3,6). Era consciente de que la humanidad, privada de Cristo, está «*sin esperanza y sin Dios en el mundo*» (Ef 2,12); «*sin esperanza, por estar sin Dios*» (cf. *Spe salvi*, 3). Efectivamente, «*quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12)*» (ibíd., 27).

2. La misión es cuestión de amor

Es, pues, un deber urgente para todos anunciar a Cristo y su mensaje salvífico. «*¡Ay de mí —afirmaba san Pablo— si no predicara el Evangelio!*» (1Co 9,16). En el camino de Damasco había experimentado y comprendido que la redención y la misión son obra de Dios y su amor. El amor a Cristo lo impulsó a recorrer los caminos del Imperio Romano como heraldo, apóstol, pregonero y maestro del Evangelio, del que se proclamaba «*embajador entre cadenas*» (Ef 6,20). La caridad divina lo llevó a hacerse «*todo a todos para salvar a toda costa a algunos*» (1Co 9,22).

Contemplando la experiencia de san Pablo, comprendemos que la actividad misionera es una respuesta al amor con el que Dios nos ama. Su amor nos redime y nos impulsa a la *missio ad gentes*; es la energía espiritual capaz de hacer crecer la armonía, la justicia y la comunión entre las personas, razas y pueblos, algo a lo que todos aspiran (cf. *Deus caritas est*, 12). Por tanto, Dios, que es Amor, es quien conduce a la Iglesia hacia las fronteras de la humanidad, y llama a los evangelizadores a beber «*de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios*» (*Deus*

Pablo nos recuerda que predicar el Evangelio no es motivo de gloria (cf. 1Co 9,16), sino deber y gozo. Queridos hermanos obispos, siguiendo el ejemplo de san Pablo, cada uno ha de sentirse «*prisionero de Cristo para los gentiles*» (Ef 3,1), sabiendo que en las dificultades y pruebas podrá contar con la fuerza que nos viene de Él. El obispo es consagrado no sólo para su diócesis, sino para la salvación de todo el mundo (cf. *Redemptoris missio*, 63). Como el apóstol Pablo, está llamado a preocuparse de quienes están lejos y todavía no conocen a Cristo o no han experimentado su amor liberador; debe hacer que toda la comunidad diocesana sea misionera, contribuyendo de buen grado, según las posibilidades, a enviar presbíteros y laicos a otras iglesias para el servicio de la evangelización. La *missio ad gentes* se convierte así en el principio unificador y convergente de toda su actividad pastoral y caritativa.

Vosotros, queridos presbíteros, los primeros colaboradores de los obispos, sed pastores generosos y evangelizadores entusiastas. En las últimas decadas, no pocos de vosotros os habéis desplazado a territorios de misión como respuesta a la Encíclica *Fidei donum*, cuyo 50º Aniversario hemos conmemorado recientemente, y con la cual mi venerado predecesor el siervo de Dios Pío XII impulsó la cooperación entre las Iglesias. Confío en que no disminuya esta tensión misionera en las Iglesias locales, a pesar de la escasez de clero que aflige a no pocas de ellas.

Y vosotros, queridos religiosos y religiosas, con vocaciones caracterizadas por una fuerte connotación misionera, llevad el anuncio del Evangelio a todos, especialmente a los que están lejos, por medio de un testimonio coherente de Cristo y un seguimiento radical de su Evangelio.

Todos vosotros, queridos fieles laicos, que trabajáis en los diferentes ámbitos de la sociedad, estáis llamados a participar, de una manera cada vez más importante, en la difusión del Evangelio. Así, se abre ante vosotros un areópago complejo y multiforme a evangelizar: el mundo. Dad testimonio con vuestra vida de que los cristianos «*pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación*» (*Spe salvi*, 4).

Conclusión